

Tras las columnas de Edgar Zúñiga

Verónica Zúñiga, Historiadora del Arte y Master en Administración Cultural

Mathieu Dormaels, Doctor en Patrimonio Urbano de la Universidad de Quebec en Montreal

La columna y la historia

La columna, como elemento primario de la construcción arquitectónica, y elemento simbólico de nuestra capacidad de abstracción, ha sido objeto y motivo de expresión a lo largo de toda nuestra historia. Desde el período neolítico (4500–3000 a.c.), cuando los seres humanos empiezan a explorar las formas verticales como posibles manifestaciones de su cosmogonía, hasta nuestro tiempo, en el cual artistas como Brancusi la utilizan como elemento simbólico del *axis mundi* (1935-1938), la columna ha sido forma y signo para la humanidad.

Si hacemos un breve repaso podríamos mencionar el *menhir* como medio de conexión con la naturaleza y el *crómlech* como el enlace con el Universo para el ser humano prehistórico. Siglos después, las monumentales columnatas de los templos faraónicos, con su forma, rendían homenaje a la naturaleza. Las columnas dóricas y jónicas que en la antigua Grecia representaron lo masculino y lo femenino, lo racional y lo irracional. También las columnas como árboles de vida para los pueblos minoicos en Creta, o las columnas como los Atlantes de Tula, guerreros toltecas en el México precolombino. Finalmente, las columnas que conmemoran batallas romanas, las columnas que cuentan pasajes bíblicos, e inclusive, las columnas Morris que como medios de comunicación, caracterizan el espacio público.

En las manos de Edgar Zúñiga, la columna adquiere nuevamente vida y significación. Este artista que con su obra nos ha transportado por rituales ancestrales y visiones de mundos futuros, por pueblos de horcones que cuentan historias, por mundos de máquinas inútiles que construyen utopías; nos propone con sus columnas de hierro, el reto de reflexionar sobre la naturaleza del ser humano.

Paradoja quizá, que el más frío y rígido de los metales, se transforme en la materia idónea para hablarnos de la humanidad, pero sin duda, es esa paradoja el reto que ha impulsado a Zúñiga a re-significar el material hasta convertirlo, con maestría técnica, en elemento esencial de su discurso. Eduardo Chillida, ya nos había propuesto el desafío de convertir el hierro en sueños,

en movimientos, en gestos y en música. No obstante, más allá del desafiante manejo del material, en el discurso que Zúñiga construye a partir de la relación entre forma y materia, entre columna y hierro, es donde radica su valioso aporte al arte de nuestros tiempos.

La columna y el individuo

¿Son las columnas en hierro una nueva etapa en la escultura de Edgar Zúñiga? Es posible, pero sin una ruptura con el pensamiento artístico que desarrolla desde hace 40 años. El proceso creativo que culmina con este universo de pilares nació hace más de una década con los “horcones”, piezas antiguas de madera que servían en la estructura de las casas de adobe y que Zúñiga transformó en representaciones de figuras humanas reales, mitológicas y metafóricas.

Tal como el Tótem de los indios Ojibwé en América del Norte, los Jangseungs tradicionales en Korea del Sur o el Chemamull de los indios Mapuches en Chile, las columnas de Zúñiga se fundamentan en la estructura vertical, como esa calidad asociada a la condición humana, a su dignidad y en general, a la vida. En efecto, no sólo el ser humano sino la naturaleza expresa su vitalidad en el crecimiento vertical, que hoy entendemos como consecuencia de las leyes físicas que rigen nuestro cosmos. La verticalidad y la dignidad del individuo nos vinculan, en su esencia, con nuestro Universo.

Más allá del individuo aislado, los seres reunidos forman la base (“lo que sostiene”) de nuestra humanidad. Lo que era un instinto animal de agruparse para sobrevivir pasó a ser una organización que privilegia lo grupal sobre lo particular: la sociedad. Esto se materializa en la creación de un espacio dedicado a lo colectivo – el espacio público – en su forma estructurada la más social: la ciudad. Es también lo que permitió transitar de la yuxtaposición de consciencias individuales a una consciencia global, una “noosfera”¹ según Teilhard de Chardin, que caracteriza el desarrollo de este ser colectivo. Así, de la misma forma que los horcones

¹ El concepto de « noosfera » fue desarrollado por Pierre Teilhard de Chardin, jesuita y paleontólogo francés. Sin embargo, la palabra es de Vladimir I. Vernadski, químico ruso del siglo XIX, para definir la esfera del pensamiento, entre la biosfera (lo vivo sobre el planeta) y la atmósfera. Con este concepto Teilhard de Chardin define, en una perspectiva evolucionista, un nivel posterior de desarrollo del ser humano evidenciado por una capa alrededor del planeta, constituida de todos los conocimientos y de los medios de tratamiento de las informaciones humanas o tecnológicos. (ver el capítulo 2 de “El fenómeno humano” de Teilhard de Chardin)

sostienen la casa, que las columnas soportan el templo, el ser humano fundamenta, a través de su organización social, el desarrollo colectivo.

Este paso evolutivo del individuo a la sociedad es lo que vincula a los “Horcones” con las columnas de hierro: integrar de forma permanente en el paisaje urbano, o sea público, obras que expresan nuestra humanidad y su carácter social. Y como si las columnas de Zúñiga soportaran el templo dedicado al ser humano, se conciben en tamaño monumental y en una materia, el hierro, que desafía la temporalidad y nuestra condición mortal. Pero también, estas columnas se contraen para regresar al espacio íntimo, aunque no por ello dejan de expresar aspectos todavía más universales sobre la civilización y su vínculo con el cosmos: el saber, la gravedad, la perfección, la comunicación. Al volver al espacio interior, las columnas de Zúñiga se liberan de la necesidad del entorno urbano para adquirir un sentido propio. Eso le permite al artista multiplicar los posibles significados de una forma ilusoriamente simple, y mezclar con gran habilidad otras materias y técnicas.

La columna y el equilibrio

Durante la mayor parte de su historia, el ser humano se ha entendido como una dualidad de naturalezas que funcionan en un equilibrio aparente: el orden y el caos, el yin y el yang, el *ethos* y el *pathos*, lo racional y lo irracional, lo apolíneo y lo dionisiaco, lo consciente y lo inconsciente, son algunos de los nombres que las diferentes culturas y disciplinas han utilizado para denominar esta dicotomía, esta aparente contradicción que constituye la esencia del ser humano, de su visión metafísica y de su pensamiento. Ante esta dualidad nos enfrenta también las columnas de Zúñiga.

Forma y materia son los elementos del lenguaje escultórico que el artista utiliza para plasmar la búsqueda humana del equilibrio. El contraste entre lo vertical-geométrico y lo sinuoso-orgánico, entre lo perfecto y absoluto del cubo y lo arrollador e inconstante de una raíz, es sólo el punto de partida, porque el artista logra trascender la forma como único lenguaje, para apropiarse de la semiótica de los materiales, haciendo de la piedra la representación de lo cósmico y primigenio, del metal la manifestación de lo tecnológico y científico, de la madera la naturaleza y la vida, del ideograma la sociabilidad y la comunicación.

En el proceso de relacionar forma y materia, el escultor llega inclusive a generar tensiones que desafían la naturaleza del material o de las leyes de la física. De esta expresión nacen híbridos entre metal y mineral, inerte y viviente o geométrico y caótico, morfemas que representan los aspectos universales de su discurso. A partir de estas divergencias formales y materiales el artista construye su narrativa entorno a la necesidad humana del equilibrio, entre los saberes intuitivos, aprendidos y sensoriales.

La columna, si bien explota, se desmiembra o se deconstruye, es el elemento que mantiene el equilibrio entre estas dos naturalezas, es la constante que establece la armonía. Y decimos armonía, porque la energía, la suavidad, la tensión y la maleabilidad que emanan estas obras, logran su equilibrio a partir de la verticalidad de la columna. Es ella el cuerpo donde habita el orden y el caos, el signo y el símbolo, es la edificación que sostiene y sobre la cual van y vienen la razón y la sinrazón. Es la columna, última reliquia tangible y testigo de las civilizaciones de todos los tiempos, que simboliza la intemporalidad y representa nuestra vitalidad, nuestra evolución y nuestra humanidad. Por eso sigue siendo, en la obra de Edgar Zúñiga, una invitación a detenerse un momento y pensar qué somos, de dónde venimos y adónde queremos ir.

Bibliografía

BOZAL, Valeriano. *Historia de las ideas estéticas y de las teorías artísticas contemporáneas*. Editorial La Balsa de la Medusa, Madrid, 1996.

COMARNESCO, Petru, ELIADE, Mircea et JIANOU, Ionel. *Témoignages sur Brancusi*, ARTED, Editions d'art, Paris, 1967.

ESTEBAN, Claude. *Chillida*. Maeght Éditeur, Paris, 1971.

NUTTGENS, Patrick. *The story of architecture*, Phaidon, 1999.

RAMIREZ, Juan Antonio (Director). *Historia del Arte* (4 Volúmenes). Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1999.

TEILHARD DE CHARDIN, Pierre. *El fenómeno humano*. Orbis, Buenos Aires, 1984 [1958].